

# Escardando en el CERA

Pablo Neruda

Por Francisco COLOANE

Soy alto sobre la Cordillera de los Andes a las 7.30 de la mañana. Día de domingo. En la plazuela "González Vera" también hay un poema de sol contra la piedra: "El paisaje más hermoso que he visto y sigo viendo es mi amigo, es mi amiga". Un rayo sobre el césped me comunica a esa primera hora con el gran escritor desaparecido. Delante mío camina una mujer con un bolso y una pequeña herramienta de jardinería, que es al mismo tiempo picota y azada. Va apresurada. Es la hora del compromiso y sube al mismo bus que nos conduce con otras treinta y cinco personas al Centro de Reforma Agraria "Pablo Neruda", al sureste del río Maipo, en Pirque.

Pasado el puente, los letreros de un cruce indican "Viña Santa Rita" y "Concha y Toro". Luego un piño de novillos gordos se nos atraviesa en el camino deteniéndonos. No falta el taller que exclama: "Cada vez que salgo al campo me entra sed y me dan ganas de comer un asado?" Algunos ríen, otros no. A mi lado va un joven con quien entablamos conversación. Es Héctor Guzmán Gallegos, nacido en Valdivia hace 28 años. Su padre es de Parral y su madre de Quemchi. Ella llegó de trece años a Valdivia; pero no olvida nuestro pueblo natal, porque es hija de un marino mercante. Vamos comparando los verdores de Pirque con los de Antihue, donde mi compañero vivió dos años. El segundo apellido de su madre es Vidal, y tiene los ojos claros, aguados, de los Vidales de Huitte, tierra de mis abuelos. Las viñas de Parral, donde nació Neruda, se nos cruzan con el "avellano eléctrico" de nuestro sur. Otro piño arreado por dos muchachitos, en un caballo negro que lleva una rosa roja del camino puesta en la oreja izquierda. Otra rosa sostiene en los labios. "Mucho lo siento, pero llegar no puedo", dice el chofer del bus, y tenemos que llegar de a pie a las casas del CERA. Allí nos recibe su presidente, con gorra de cuero y en camiseta, y otros campesinos a cargo del predio reformado, un ex fundo. "Santa Cecilia", que estaba semiabandonado por su dueña. Son 160 hectáreas, donde viven unas veinte familias.

Somos cuarenta los que participamos en los trabajos voluntarios, y soy el más viejo; pero más tarde se suma don Jorge Madaune y nos equi libramos. La gente es matizada políticamente; hay independientes, profesionales como abogados, contadores, estudiantes, dueñas de casa, asistentes sociales y hasta un chofer de taxi.

Nos dividimos en grupos de trabajo, y unos van al guano, otros a sembrar melones, y yo me quedo con una cuadrilla de veinte que tenemos que escardar un extenso potrero donde sembrarán maíz. Alguien organiza la faena en hileras, con azadones, palas, guadañas y horquetas que unos han llevado y otras que nos proporcionan los campesinos. Veo a mi tierna amiga del zapapico jardinero semiarrodillada para arrancar de raíz cardos, que ya están altos y con flores retoñando en un encarnado violáceo. Trabajo hasta las once y soy el primer desertor de la cuadrilla. Me refugio bajo la sombra de un álamo. Aquel potrero es una taza de luz verde que nace de la tierra ubérrima y abandonada, que el sol trata de repletar con una energía que hacen salir los cardos más restallantes del mundo. El alto muro andino, de cumbres nevadas, baja en estrabaciones circulares, y sólo por el noroeste, se abre una llanura de álamos, que cierra el borde de la taza precordillerana. Aquello es el paraíso del sol en la Tierra. Un hombre de las islas chilotas y de las estepas magallánicas tiene que pensar qué duro ha sido para los latundistas de "la copia feliz del Edén" a expropiación de estas tierras que ellos abandonaron primero. Allá los Braun, los Menéndez, vivieron, a excepción de los viejos pioneros, más en Buenos Aires, Viña del Mar, Europa, que en Magallanes. Aquí en nuestra zona central no; en este po-

zo de luz y verde inigualados vivieron la gran siesta que los llevó al abandono de su "paraíso perdido". Dicen que los dinosaurios se extinguieron en el secundario por haber abandonado sus huevos al sol, que, de pronto, tal vez rabioso por su pereza, dejó de incubarlos. Aquí en nuestro CERA "Pablo Neruda" también hay un problema de huevos. Ha bajado la producción y seis mil gallinas hace dos días que no tienen grano por culpa del paro de los dueños de camiones, al que adhirió toda la burguesía y sus servidores profesionales, en el movimiento clista y fascista más duro que ha tenido que soportar el Gobierno de la Unidad Popular.

Pero sigamos con nuestro trabajo voluntario:

"Cuando uno es gente de campo, como el caso mío, se usa poleo para la tos de los niños. Se le deja caer agua hirviendo con azúcar quemada", dice una compañera. Otra le complementa: "El llantén con sanguinará sirve para los riñones. Le llaman limpiasangre", y me muestra una hoja de "sietevenas", como lo llamamos en el sur. Abundan estas plantas en los bordes de un canal, y Margot Budinich me muestra una "radicha", que en Magallanes llamamos achicoria, con las cuales se hacen ensaladas. "El poleo para que prenda hay que ponerlo bajo un grifo", me dice Herminda Triviño, osornina, que me regala unas plantas con raíces. La joven Alicia Villaseca trae dos nidos con pequeños huevos verdes con pintas café. Son obras maestras, pues por fuera están hechos con paja gruesa y por dentro con una finísima hebra acolchada. "Yo creo que son de diucas; siempre lo hacen en alto; pero debe ser por lo pelado del terreno que lo hacen entre los cardos", comenta Herminda. Le pido uno a Alicia; pero ella me dice "los llevo para el local del Partido..."

Así son mis nuevas compañeras y compañeros de trabajo. Santelices es vendedor viajero y mientras él trabaja y yo descanso, me habla de sus viajes de Arica a Magallanes. Hernán Munita Silva, a quien acabo de conocer entre los cardos, trabaja en la Superintendencia de Seguridad Social, donde yo estuve más de cinco años, y de donde me echaron por comunista. Él es contador y ha trabajado desde su adolescencia dentro de oficinas. Su hija Carmen, que escarda a su lado, le dice de pronto: "Tú, que siempre soñaste con tener un campito donde trabajar".

En un potrero arado contiguo veo que avanza un tractor con un gran carretón al remolque. Voy hasta ellos. Arriba me recibe Alvarez con un "aquí me tienes con el guano hasta el cogote". Él es hijo de españoles nacido en Punta Arenas, y recordamos a los "hombres guapos", como allá les llamábamos a los carretoneros que pasaban a buscar los barriles de excrementos a nuestras casas. Aquí son cuatro los que apelean el guano sobre los surcos, mientras un muchacho campesino maneja el tractor. ¿No ves? —le digo—: ésta es una desviación de la dictadura del proletariado. Mientras estos cuatro pijes están en el guano, tú sentado, mirándolos, desde el tractor! El hermanito menor ríe, encaramado en el guardabarros.

Intercambiamos nuestros huevos duros, plátanos y panes durante el almuerzo. Menudean los chistes. A las cinco de la tarde ya tenemos el campo totalmente limpio de cardos. Hay que escardarlos oportunamente, antes que las flores boten sus semillas, porque entonces cunde la maleza. Hemos encontrado otros nidos con sus huevos. Yo me llevo dos o tres, porque en su hermoso color verde las pequeñas manchas oscuras me recuerdan lo que en estos momentos históricos vive nuestro Chile: tan lleno de luz y esperanza; pero todavía manchado por la rapiña, la codicia y la enajenación capitalista, régimen nonato, entre las sombras del feudalismo y las luces del socialismo.

Santiago, 20 de octubre de 1972.